

SANTA MARÍA DE HUERTA

La abadía de Santa María de Huerta está instalada a orillas del Jalón, en el límite sureste de la provincia de Soria, a tiro de fusil de tierras aragonesas. Accedemos al lugar desde Medinaceli por la desdoblada N-II (km 178), o bien desde Almazán, Morón, Monteagudo de las Vicarías y el ramal que, dirigiéndose hasta Ariza, penetra en el interior de la provincia de Zaragoza para conectar con la N-II, desde donde arribamos hasta Santa María de Huerta en dirección a Madrid.

Su más temprano origen parte del monasterio de Cántavos (*ca.* Deza, en el concejo de Almazán), donde hacia 1142 o 1144 y a instancias del rey Alfonso VII, tras la toma de Coria, se instalaba el abad Radulfo y su comunidad procedente de Verduns (Gascuña), abrazando la regla bernarda en 1158. En torno a 1162, y ante la escasez de agua en Cántavos, se trasladaba definitivamente hasta el fértil valle de Santa María de Huerta —donde Cántavos poseía una granja al menos desde 1152— con el especial apoyo de Alfonso VIII de Castilla, Alfonso II de Aragón y su hijo don Pedro. La casa fue agrandando sus dominios escalonadamente hasta alcanzar las cuencas del Jalón, Tajuña y Júcar: Boñices, Estenilla, Alcardench, Benevívere, Arandilla, Molina y Gludex; salinas en Terceguela y Medinaceli y los derechos de pastos y portazgos, coincidiendo con las luchas combinadas de castellanos y aragoneses por la toma de Cuenca; heredades y propiedades en Serón, Almazán, Deza, Lodares, Villalba, Grisén, Terrer, Borja, Ambel, Magallón, Valera, Zuera, Ariza, Albalate, Albaladejo, Belimbre, Montuenga, Ateca, Calatayud, etc., se irán incorporando sucesivamente. Figuras como los Manrique de Lara, señores de Molina de Aragón y Fernando III el Santo se encuentran entre sus mentores y protectores. Se conoce con precisión el coto monástico de este monasterio, que para Pérez-Embid resultó un caso excepcional; a consecuencia de estar encajado en el seno de un estrecho valle, sus allegados, collazos, familiares y otros pobladores se establecieron a escasos metros de la puerta abacial.

Otra época especialmente brillante fue la del abadiato de Martín de Finojosa (1166-1186), futuro obispo de Sigüenza (se retiró nuevamente a Huerta en 1192 hasta su fallecimiento en 1213, poco después de consagrar la casa de la Oliva), vecina circunscripción secular con la que la abadía sostuvo numerosos litigios. Su sobrino Rodrigo Jiménez de Rada, futuro primado toledano y enterrado en el mismo monasterio será otro de sus protectores.

En 1175 el monasterio recibió 200 menciales para terminar la obra del dormitorio, aún no finalizado en 1200, cuando fue objeto de nuevas donaciones. En 1179 Alfonso VIII perdonaba al cenobio hortense una deuda como donativo a la edificación colocando *primum lapide in fundamento* (quizá en referencia a la iglesia). El mismo monarca amojonaba los términos monásticos en 1184. Parece evidente que el grueso de las edificaciones monacales ya estaban rematadas antes de 1250, coincidiendo con importantes donaciones como la de Nuño Sancho (†1206), hermano mayor de Martín de Finojosa, que ofreció parte del botín obtenido tras la toma de Cuenca y de su propia mujer, doña Marquesa, pagando la obra de la galería claustral septentrional donde fueron instalados sus enterramientos.

Herido durante la francesada y tocado de muerte tras la desamortización de 1835, Santa María de Huerta no reinstaura la vida monástica hasta 1930 gracias a un grupo de monjes llegados desde la casa de Viaceli (Santander).

Monasterio de Santa María de Huerta

TODO EL CONJUNTO SE ENCUENTRA cercado por un muro reforzado con ocho cubos almenados. Se accede al cenobio superando una portada datada en 1771 que da acceso a un amplio compás. Una excavación previa a la urbanización de la plazuela frontera abierta hacia la hospedería y la Calle Comandante Palacios, descubrió la planta de algunas viejas dependencias agrarias. El bloque de la hospedería y su patio se sitúa hacia occidente del conjunto medieval, data de 1582 y tiene acceso desde una portada clasicista abierta al compás meridional. La construcción de la hospedería moderna durante unos años de relativa pujanza económica —coincidente con las visitas de Carlos V y Felipe II— destruyó el nártex o galilea cubierta con dos tramos de crucerías (aún se ve uno de sus perfiles) que se alzaba junto al hastial occidental del templo cisterciense. A la derecha, se conserva un grueso contrafuerte que remata en talud junto al que estaba adosada una atarjea o galería abovedada de inicios

del siglo XIX para intentar acabar con las incesantes humedades del templo.

Las dependencias monásticas se extienden hacia el norte del templo, tal y como ocurre en Alcabaça, la Oliva o Palazuelos, siguiendo los planteamientos habituales de la orden. Sólo el refectorio de conversos parece quedar ajeno al esquema ideal, pues a causa de requisitos topográficos está orientado este-oeste, y no norte-sur.

La portada occidental, muy retocada por las recientes reintegraciones y reimplantes, es apuntada, con chambrana de puntas de clavo y cinco arquivoltas ornadas con dientes de sierra, boceles y arquitos de medio punto —recordando curiosamente a la de la humilde iglesia parroquial de Castillejo de Robledo— que apoyan sobre retocado cimacio con listel, dos boceles, dos escocias con improntas de gradina prolongadas por el frente, jambas acodilladas y seis capiteles vegetales con esquemáticas palmetas. Los fustes, basas prismáticas y podium están rehechos. La portada

Exterior de la cabecera del templo





*Fachada meridional
de la iglesia*

occidental mantiene restos de su primitiva policromía tardogótica, con rosetas, líneas quebradas y zigzagueantes pautadas con puntos, así como una ilegible leyenda en el intradós (Martínez Frías leía *DOMUS MEA DOMUS ORATIONIS VACABITUR*) en tonos rojos, azules, negros y blancos. Sobre la misma se abre un rosetón —que parece imitar al del refectorio— con doble chambrana de puntas de clavo, dos baquetones y tracería que desgrana doce arquitos polilobulados coincidentes en un óculo central.

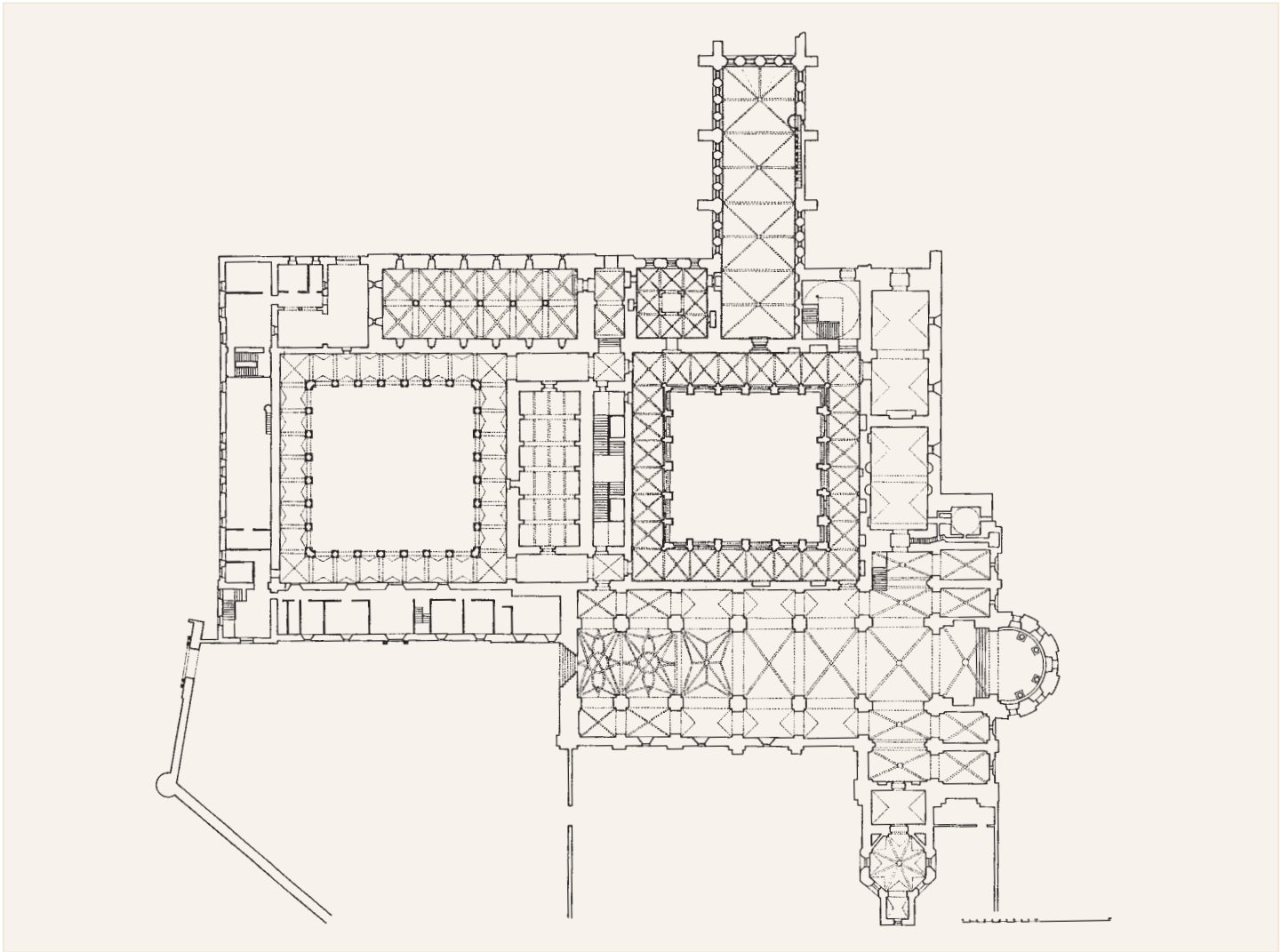
El hastial occidental, verdadera pantalla adherida al bloque eclesial, remata a piñón y presenta cornisa con perfil de listel, baquetón y escocia sostenida por canecillos vegetales, de rollos y de toscas máscaras zoomórficas muy erosionadas. En el resto de los aleros del templo los canes mantienen un único modelo con sólidos modillones de cinco rollos recordando las ménsulas del interior de la nave central.

El paramento meridional revela grandes contrafuertes de perfil cuadrangular (los dos occidentales coronados por talud y los dos orientales con remate piramidal y prolongándose en la nave central). Entre los contrafuertes occidentales se abren dos saeteras de medio punto con dintel superior, y entre los orientales —que poseen remate piramidal— otras dos ventanas cuadrangulares. Desde la nave central los vanos entre los contrafuertes son de medio punto. Resultan llamativos los canecillos que soportan los aleros, con perfil de rollos, incluso en las esquinas.

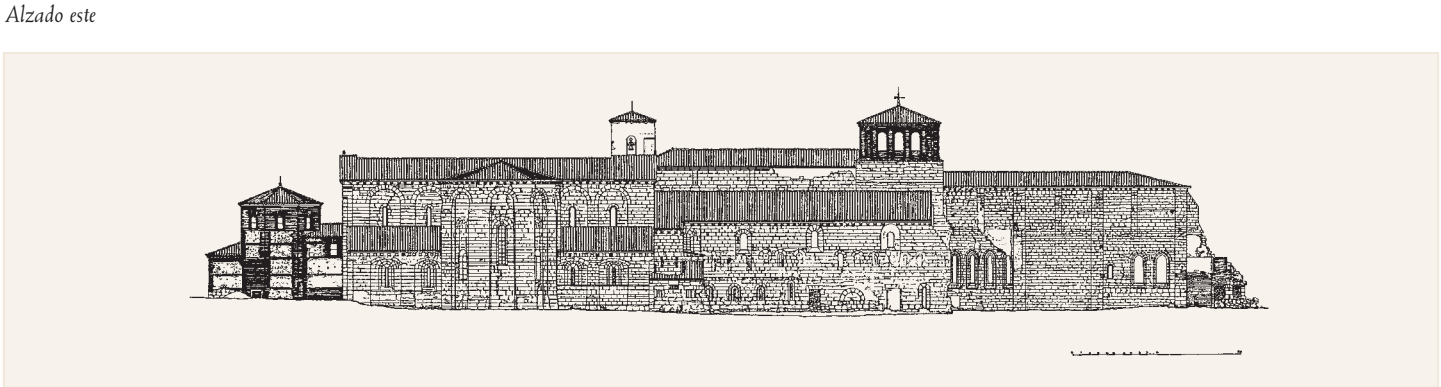
La gran iglesia de Huerta tiene planta de cruz latina, acusado crucero y cabecera con cinco capillas, semicircular la mayor y planas las colaterales. Presenta tres naves, más ancha la central, separadas por medio de grandes pilares de

sección cuadrangular, delimitando cinco tramos. Las colaterales fueron muy reformadas entre 1632 y 1635, durante el abadiato de Manuel de Cereceda aprovechando las suculentas rentas obtenidas por fray Francisco de Bernardo. Se rebajaron entonces en unos 40 cm los tramos tercero, cuarto y quinto de las naves laterales (los más orientales), enmascarando los pilares originales del tramo más occidental y cubriéndolos con bóvedas de arista enyesadas que apean sobre impostas clasicistas. En 1668 se revocaron muros y bóvedas de todo el templo y en el siglo XVIII se enmascaró con yeserías barrocas que no fueron retiradas hasta la restauración de la década de 1970.

Los tramos de la nave central están delimitados por fajones apuntados que apoyan sobre potentes pilares de sección cruciforme con zócalo baquetonado y grandes ménsulas de rollos —como en los templos de Santes Creus y Oya— en los cuatro pilares orientales; los pilares de los tramos occidentales de la nave mayor fueron modificados cuando se reformaron las colaterales y se construyó un coro alto. De hecho, los fajones de la nave central carecen de capiteles, cuyo lugar ocupan gruesas impostas lisas baquetonadas, como las presentes sobre las grandes ménsulas de rollos, en coincidencia con las colaterales. Los dos tramos más orientales de la nave central se cubren con bóvedas de ojivas, cuyas nervaduras ostentan perfil de triple baquetón, como en la seo conquense. Para los tres tramos más occidentales se recurre a bóvedas estrelladas de terceletes. Los vanos que iluminan la nave central son apuntados o de medio punto con columnillas acodilladas. Todas las claves de las bóvedas de la nave mayor presentan claves polícromas con motivos heráldicos del siglo XVIII. El mismo perfil de triple



Planta



Alzado este

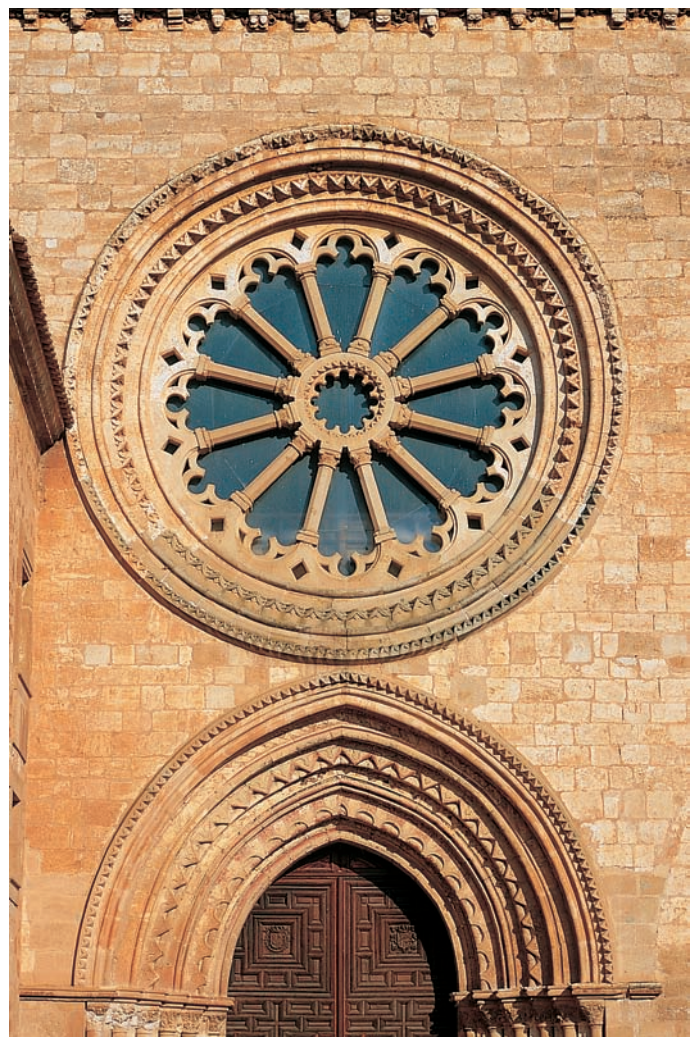


*Hastial occidental
del templo*

baquetón presente en los dos tramos orientales de la nave mayor, aunque de mayor grosor, aparece en las crucerías de los cinco tramos del transepto, apeando sobre ménsulas y grandes capiteles troncocónicos con leves prótomos vegetales. Los fajones del transepto descansan sobre semicolumnas adosadas cuyas cestas tienen un marcado carácter geométrico, con ábaco listado y esquemáticos motivos espirales que simplifican los modelos vegetales. El transepto está recorrido en sentido horizontal por dos líneas de imposta: una se dispone bajo los ventanales, la otra prolonga la línea de cimacios que corona los capiteles. Los hastiales del transepto están perforados por ventanales abocinados de medio punto con alféizares escalonados; otras dos ventanas dan luz –desde oriente y occidente– a cada uno de los tramos del transepto (a excepción del tramo más septentrional del brazo septentrional, donde sólo se perforó el lateral oriental). En el hastial meridional se encuentran dos arcosolios de medio punto entre los que se abre una puerta de medio punto que da paso a la capilla del relicario, obra de planta octogonal en ladrillo que data del siglo XVIII. En el hastial septentrional se abre la puerta de acceso a la sacristía del siglo XVII –aunque en la actualidad ocupa además lo que fue sala capitular sobre la que estuvo instalado el dormitorio–, una empinada escalera de acceso hasta el claustro alto, la puerta del viejo dormitorio y el husillo de la torre.

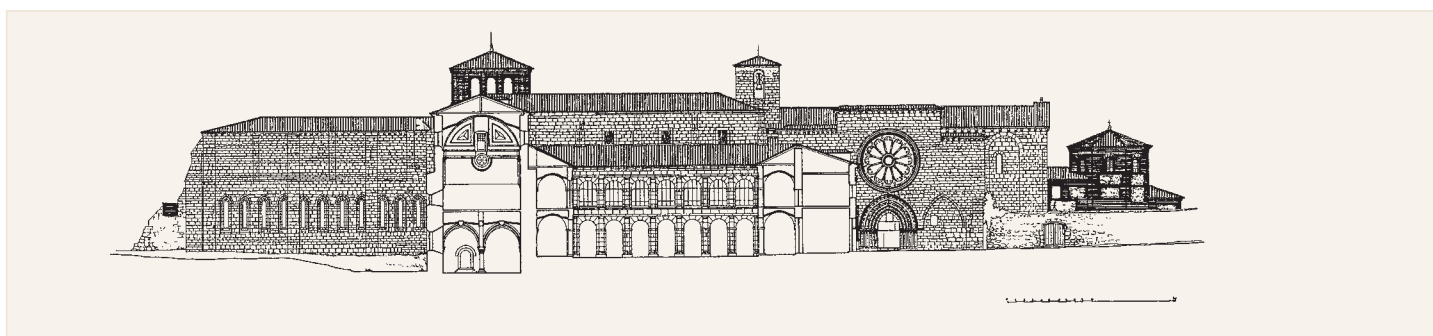
La capilla mayor semicircular cuenta con tramo presbiterial recto al que da paso un triunfal apuntado, está cubierta con bóveda de ojivas cuyas nervaduras poseen sección de triple bocel y el hemicíclo absidal –aunque permanece oculto por el retablo– con bóveda de horno

Rosetón y portada de la iglesia





Alzado norte



Alzado oeste



Sección longitudinal de la iglesia



Sección transversal

Interior de la iglesia

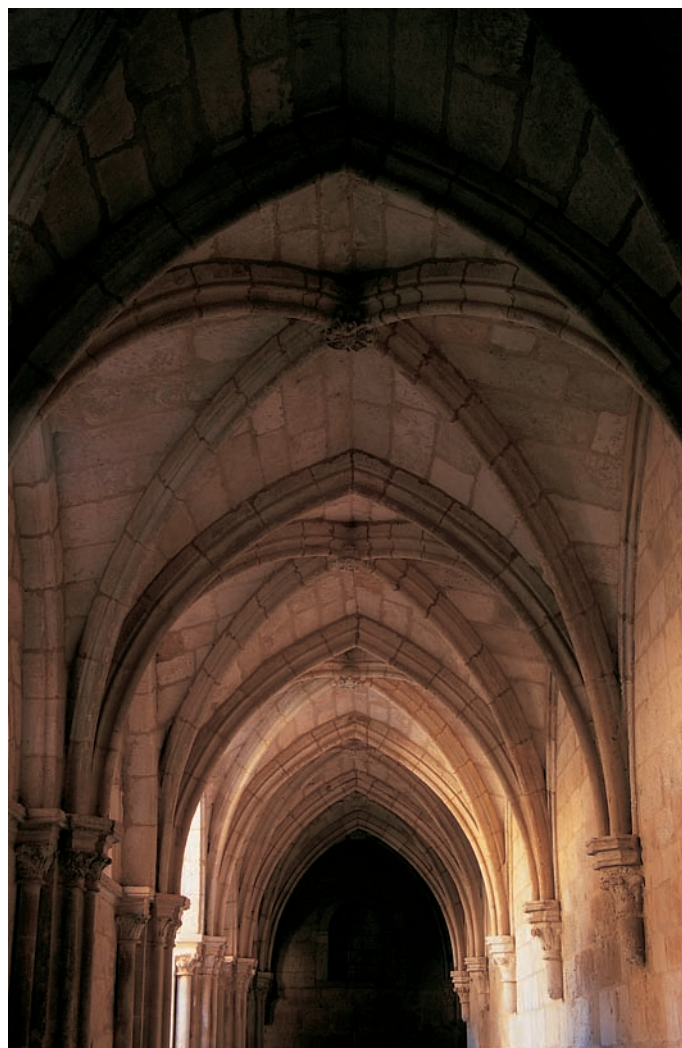




Iglesia. Bóvedas del brazo sur del transepto

reforzada por seis nervaduras que se unen en la misma clave. El tramo presbiterial aparece perforado hacia el este y oeste por sendas ventanas de medio punto abocinadas. Groseras pinturas obradas por el genovés Bartolomé Matarana (1580-1581) ornan el presbiterio y parte del hemiciclo de la capilla mayor. El retablo mayor fue alzado por el escultor bilbilitano Félix Malo en época del abad Rafael Cañibano (1763-1767). Estas reformas fueron promovidas por los duques de Medinaceli (con anterioridad fue capilla funeraria de los de la Cerda) que encargaban un nuevo retablo a Sebastián de Benavente y habilitaron el espacio como panteón familiar al tiempo que incluían los cenotafios de San Martín de Hinojosa y de don Rodrigo Jiménez de Rada. Los restos de los Medinaceli fueron más tarde trasladados hasta la colegiata de la villa soriana homónima.

El ábside mayor se encuentra flanqueado por cuatro capillas colaterales de testero plano, de norte a sur advocadas a



Claustro

San Miguel, San Pedro, San Martín y la Magdalena; todas ellas –como debió suceder en Matallana– se abren al transepto mediante triunfales apuntados y doblados que apoyan sobre capiteles de esquemáticos acantos, aunque las cestas del brazo norte aparecen rasuradas. Se cubren con ojivas de gruesas nervaduras aboceladas que apean sobre ménsulas angulares. Una línea de imposta con perfil de bocel y listel recorre todo el frente oriental de la batería absidal a la altura de los cimacios de los capiteles, las semicolumnas de los fajones del transepto –formulando una suerte de anillos al estilo de Moreruela, Sacramenia y Gradefes– y el interior de las mismas capillas. En los muros de las capillas colaterales se mantienen relicarios rectangulares y credencias cuadrangulares en las de San Martín y la Magdalena. Aún se aprecian restos de pinturas murales con temas geométricos y vegetales de inicios del siglo XVI. La capilla extrema del brazo septentrional cuenta con una pila bautismal de inicios del siglo XIII, tiene perfil



Portada del refectorio

acampanado, zócalo baquetonado y registro superior con círculos entrecruzados.

La capilla de la Magdalena conserva sus pinturas murales, con los ciclos de la vida de Cristo y de la Virgen en el testero y derrame de la ventana absidal (Anunciación y ángeles con los atributos de la Pasión, la aparición de Cristo a la Magdalena y Cristo con la cruz auestas ayudado por el Cireneo) y de San Benito (bajo la imposta de la ventana se representa su misa, enfermedad y entierro). El frontal del muro acoge las imágenes de Jeremías, Salomón, Dios Hijo, Gabriel y la Virgen María.

En el alféizar de la ventana se custodia la talla en madera policromada de la Virgen con el Niño de Huerta, pieza de inicios del siglo XIII de madera policromada –repintada– de 59 × 24,5 × 21 cm. La talla representa iconográficamente el prototipo de *Sedes Sapientiae*, en el que María está concebida como trono de su Hijo que, a su vez, se muestra como la segunda de las personas divinas, la Suprema

Sabiduría. La Virgen y el Niño se caracterizan por su total deshumanización, que se consigue mediante la rigidez de las posturas, el hieratismo y la frontalidad absoluta, eliminando así cualquier tipo de relación personal entre ambos. No obstante, este distanciamiento emocional queda en parte mitigado por un tímido acercamiento de María que parece dejar sentir su protección maternal. La Virgen está sentada sobre un banco sin respaldo, con los brazos doblados en ángulo recto y protegiendo al Niño con las manos pero sin llegar a tocarlo. El rostro oval, de correctas facciones, transmite calma y serenidad, que pueden ser debidas a las alteraciones introducidas por la moderna policromía. Su cabeza se cubre con un velo muy ceñido sujeto por la corona, dejando ver parte de su cabello. Viste manto que cae desde los hombros cubriendo ambos brazos y túnica adornada con orofrón en el cuello y en el borde inferior. Bajo esta indumentaria asoma el típico calzado puntiagudo. Jesús, con el aspecto de adulto que le caracteriza, se sienta sobre el centro del regazo materno acentuando así la simetría de la composición. Se muestra bendiciendo con la mano derecha y sujetando un libro abierto con la izquierda. Porta túnica, manto y corona. Desde el punto de vista iconográfico se han establecido paralelismos, más o menos atinados, con las otras imágenes de nuestro país: una talla del Museo de Vich, Nuestra Señora de la Hiniesta de Zamora, dos ejemplares del Museo Marès y la navarra de Eristáin. En cuanto a la cronología, si bien por los aspectos compositivos e iconográficos se podría datar a lo largo de la segunda mitad del siglo XII, hay otros detalles –entre los que destaca el tratamiento más naturalista de los pliegues inferiores del manto mariano– que pueden conducir a una cronología más avanzada, en torno a los primeros años del siglo XIII.

Se conserva un coro bajo occidental de fines del siglo XVI, abierto a la nave mayor del templo por medio de un gran arco rebajado, y al conjunto del mismo mediante una reja obrada en época de fray Felipe García (1776). El coro bajo presenta seis tramos –dos por nave– que apoyan sobre grandes pilares de sección cuadrangular y sencillas ménsulas. Los dos tramos de la nave central se cubren con bóvedas estrelladas de terceletes y combados, las claves están ornadas con florones. Los tramos de las colaterales se cubren con crucerías cuyas nervaduras tienen perfil de triple baquetón y cuatro escocias. En el último tramo del lado de la epístola se encuentra hoy el sepulcro de don Rodrigo Jiménez de Rada (†1247) que desde 1660 se hallaba empotrado –como el de San Martín de Finojosa– en un profundo arcosolio de la capilla mayor. Es pieza de mediados del siglo XIII y está labrado en maltrecha arenisca (220 cm de longitud × 60 cm de anchura y 106 de altura), apoya sobre tres peanas ornadas

con leones y presenta en su frente la figura del eclesiástico vestido con ricos atuendos episcopales.

En el paramento del antepenúltimo tramo de la nave del evangelio se conservan otros restos de pinturas murales con una gran imagen de San Cristóbal; son obra de los primeros años del siglo XVI, anteriores a la construcción del sotocoro que selló parte de las mismas. Se trata de una advocación común para aquellos edificios que habían sufrido daños. Sobre el último tramo de la nave del evangelio de abre un vano rebajado correspondiente a la puerta de conversos. En el segundo tramo de la nave del evangelio advertimos la presencia de un fracturado capitel vegetal del siglo XIII con su correspondiente fuste rematado en una especie de ménsula vegetal. En el paramento superior del antepenúltimo tramo de la nave de la epístola también se conservan restos de un ciclo pictórico dedicado al Juicio Final.

En el tramo más oriental de la nave del evangelio se abre la puerta de monjes que da paso al claustro, desde donde ostenta portada apuntada con arquivoltas que combinan baquetones y escocias apoyando sobre capiteles de *crochets*, fustes y basas áticas.

Desde el exterior la austera batería absidal y los brazos del transepto de Huerta revelan bien a las claras el uso de grandes contrafuertes sobre los que apoyan arcos ciegos de medio punto horadados por los ventanales, como en el ábside de Monasterio de Rodilla, y que para Gaya Nuño resultaba una derivación de lo poitevino. Las esquinas del brazo meridional se encuentran fuertemente achaflanadas, rematando antes de la línea de aleros en sendas ménsulas de rollos. Las capillas colaterales presentan grandes arcos ciegos rebajados perforados por aspilleras de medio punto entre sus contrafuertes; los hastiales del crucero presentan dobles arcos apuntados de descarga.

Respecto a la secuencia constructiva del templo: cabecera, crucero, pilares cruciformes de la nave y muros exteriores de las colaterales, debieron alzarse entre 1179 y 1200 (Lambert y Martínez Frías). Hacia el primer cuarto del siglo XIII se abovedaron los dos tramos inmediatos al crucero y se trazó la fachada occidental. Las obras se paralizan entonces hasta inicios del siglo XVI, cuando se cerraron los tres últimos tramos de la nave central. El coro se alzó hacia el segundo cuarto del mismo siglo.

Refectorio de monjes



La sacristía, instalada en la panda oriental del claustro, inmediata al brazo septentrional del crucero y al que tiene acceso por una puerta reformada en 1602, posee planta rectangular y dos tramos cubiertos de cañón con lunetos de yeserías decoradas. Entre ambos tramos se dispone un fajón sobre pilastras cajeadas, las mismas que se disponen en los ángulos de la estancia. La sacristía de fines del siglo XII debió cubrirse con una bóveda de cañón, modificándose durante el siglo XVI, época a la que corresponde el actual espacio, al igual que la puerta de salida hacia el claustro.

En función de los condicionantes acuíferos, el claustro reglar de Huerta —de los Caballeros— se dispone al norte del templo. Aunque muy modificado, mantiene sus cuatro galerías de ocho desiguales tramos cubiertos con crucerías de aboceladas nervaduras, que apoyan sobre ménsulas vegetales en los paramentos internos y columnillas coronadas por cestas de *crochets* adosadas a los machones hacia el vergel (existen modelos más evolucionados con hojas de parra, florones, acantos y hojas lobuladas). Lo vegetal se ciñe también a las claves claustrales. Cada panda se abre al patio mediante seis arcadas, las cuatro centrales apuntadas

(de mayor luz la de la panda del refectorio) y el resto de medio punto cobijadas por arcos apuntados perforados por óculos y luz variable. Muñoz Párraga consideraba que las bóvedas de la panda oriental se alzaron con posterioridad a la construcción de las dependencias mientras que las otras tres lo hicieron simultáneamente con sus estancias.

El claustro bajo medieval se transformó hacia 1533 durante las obras de construcción de las galerías superiores, reforzándose entonces los contrafuertes. A fines del XVII, durante el abadiato de fray Pedro de los Herreros (1695-1698) se alzaron los arcos de medio punto con sus correspondientes óculos. Hacia 1768 fueron tabicados con paños de sillería hasta enlazar con el poyo y se perforaron las ventanas (época de fray Victoriano Martín). De los lienzos de Lucas de la Madrid representando a San Bernardo sólo se conserva el del ángulo noreste de la panda del refectorio. El claustro fue restaurado entre 1963 y 1964, eliminando los revocos de cal y renovando elementos como la bóveda y columnillas del ángulo sureste.

En las pandas oriental, meridional y septentrional se abrieron varios arcosolios funerarios con interesantes

Refectorio de monjes



acotaciones cronológicas en función de los epitafios. La galería meridional se construyó tras el fallecimiento de don Rodrigo Jiménez de Rada por sus albaceas don Bugo (†1256) y don Gil Sánchez (†1259) según se indica en un epígrafe: "En esta sepoltura yace el dean don Ruse/ lus de Toledo y en las otras sepolturas,/ que estan cerca de esta, yacen dos arce/ dianos, que andaban siempre con el arz/ obispo don Rodrigo y al uno decian Bugo,/ y al otro don Gil Sanchez, los cuales hi/ cieron este paño de claustro, y dieron/ aqui los libros, y ornamentos que fueron/ de dicho arzobispo, como testamentarios/ suyos, que lo mando asi hacer, pasaron de/ esta vida el año de 1256 y el de 1259". En la misma crujía estuvieron, además, las sepulturas de los Ximénez de Montuenga y la del citado don Ruselus, deán de la catedral de Toledo.

En la galería oriental surge el cenotafio de los condes de Molina (con arco de descarga de medio punto cobijando un vano geminado con arquitos apuntados y óculo en

la enjuta, una placa marmórea engastada en el muro acoge el epitafio: "Lux patriae clipeus populi gladiusque/ malorum sub petra petrus tegitur co/ mes inclitus ista. Obiit IIII idus I (Ja/ nuarii) Era MCCXL" (1202)), a su lado aparecen las sepulturas de don Semerique (conde de Molina) y de su hermano don Pedro Manrique (†1223) con arco de descarga apuntado cobijando arcos lobulados y gran óculo foliado en la enjuta. A su lado aparece otro arco ligeramente apuntado acogiendo un hueco geminado con dos arquitos de medio punto sostenidos por columnas pareadas en el centro, éste fue cegado a fines del siglo XIII para ser utilizado como enterramiento de don García de Bera (el epígrafe existente sobre los arquitos, traslado del antiguo, hace un lisonjero panegírico del legendario ocupante).

En la galería septentrional estaban colocadas las tumbas de los caballeros Roldán Pérez de Medrano, Nuño Martínez (†1263) que fue alférez de Fernando III el Santo, don Nuño Sancho de Finojosa (†1206), hermano del abad

Bóveda del refectorio de los monjes



Clave decorada del refectorio



Martín, y su mujer doña Marquesa: "En esta sepultura yace Nuño Sancho el/ noble, rico, home de Finojosa, y doña Mar/ quesa su muger. Este caballero fue muy/ temido de los moros, y vencio muchas ba/ tallas de ellos y hallose en la gran ba/ talla, y cerco, que el rey don Alfonso el/ VIII de este nombre puso sobre Cuenca/ quando la gano el año 1176 [...] todo lo que le cupo en Cuenca de su parte/ lo dio a este monasterio de Huerta: y hoy/ dia habemos una granja, que se llama Al/ badalejo, cerca de Cuenca, y la casa de la/ Moneda de Cuenca; y demas de esto nos/ dio mil quinientos mencales de oro para/ hacer este paño que esta junto al refec/ torio, donde esta enterrado: Paso de es/ ta vida el año de 1206".

El *armarium* se encuentra en el ángulo suroriental del claustro, en el primer tramo de la panda oriental y junto a la puerta de monjes. El primitivo nicho de medio punto debió transformarse hacia mediados del XIII, planteando un vano geminado apuntado y baquetonado, con óculo superior,

que apoya sobre cestas de *crochets*, columnillas y basas áticas lisas, cuando fue reutilizado como enterramiento del linaje de los Molina.

Al refectorio de la galería septentrional se accede desde una portada apuntada decorada con triple arquivolta de *chevrons*, bocelos y escocia que apoyan sobre capiteles vegetales finamente labrados, recordando otras cestas de Las Huelgas. El soberbio refectorio de Santa María de Huerta (34 × 10 m y 15 m de altura) presenta cuatro tramos separados por fajones apuntados y cubiertos con crucerías sexpartitas que apoyan sobre baquetones y ménsulas voladas. Las nervaduras presentan grueso baquetón central flanqueado por otros dos más finos separados por finas escotaduras (muy similares a los de los dos tramos inmediatos al crucero de la nave mayor de la iglesia, naves laterales de las catedrales de Cuenca, Sigüenza y el cenobio de Las Huelgas). En la clave del segundo tramo una figura masculina con mandorla y ángeles podría hacer alusión a San

Refectorio de conversos o "caballeriza de Alfonso VIII"





Capitel del refectorio de conversos

Bernardo, a decir de Martínez Frías, su refinada talla parece conectar con ciertas esculturas tardorrománicas palentinas (Santiago de Carrión de los Condes y Moarves). Las otras tres claves ostentan temas vegetales, hojas de acanto y hojas lobuladas, caladas y helicoidales. Las nervaduras de las crucerías y los fajones arrancan de fustes retallados que apoyan sobre ménsulas de acantos y rematan en cestas de *crochets*. Los capiteles permanecen enlazados mediante una línea de imposta, que a la altura de los cimacios recorre la totalidad de los muros de la estancia. En la zona baja de la sala aparecen treinta ventanas apuntadas con acusado derrame hacia el interior, provistas de chambranas apuntadas y separadas por columnillas —con fustes anillados y capiteles de *crochets*— que descansan sobre zócalos poligonales situados a unos 250 cm del pavimento. La zona alta del muro del testero —dividido en dos por la nervadura de la bóveda— se encuentra perforada por otros dos ventanales apuntados, presentan columnillas pareadas con cestas de *crochets* y albergan vanos

geminados y óculos foliados en las enjutas. Hacia el exterior los mismos ventanales cuentan con chambranas que apoyan sobre una máscara de león y otra antropomórfica. Un gran rosetón aparece también hacia los pies, semejante al del pórtico septentrional de Las Huelgas, describe tracería formada por doce arquillos de medio punto y columnillas radiales que parten de un óculo central tetrafoliado. El refectorio contó con notables vidrieras —ya desaparecidas— importadas desde Flandes en 1510 y que fueron pagadas por el duque de Medinaceli.

Cuenta con un púlpito sostenido por una columna en el costado oriental del tercer tramo. Está decorado con tracerías vegetales de sabor mudéjar (quizá date de hacia 1510, cuando se instalaron las vidrieras) y presenta acceso desde una escalera embutida en el interior del mismo paramento (como en Poblet y Rueda) que se abre hacia el refectorio mediante seis arquillos rampantes (exceptuando el primero y los dos últimos que son apuntados) apoyando sobre fustes octogonales y capiteles de *crochets*, hacia el interior se cubre con losas planas. El refectorio está comunicado con la cocina mediante un vano adintelado en forma de "T" que perfora los pies del lienzo izquierdo. Las grandes proporciones (una sola nave) y singular luminosidad del refectorio de Huerta sólo son lejanamente comparables con el normando de Bonport (cuyas dimensiones de 29 × 10 m resultan por lo demás sensiblemente inferiores).

La estancia debió iniciarse hacia 1215 a expensas de Martín Muñoz de Finojosa, mayordomo mayor de Enrique II, que fue enterrado en el claustro; Polvorosa recogía la existencia de una inscripción ya desaparecida trazada sobre el acceso al refectorio monacal que rezaba: "Don Martin de Finojosa, y sus hijos ricos/ homes, que murieron en servicio de Dios,/ y del rey en una batalla contra moros./ estos nobles, caballeros hicieronm este/ refectorio con este lienzo de claustro,/ y dieron muchos, y ricos dones y hereda/ mientos, como parece por escrituras. ya/ cen estos caballeros en dos arcos, que/ estan junto a la capilla de la Madalena". En 1223 su hijo Diego Martínez de Finojosa se comprometía a donar al abad Gonzalo 100 áureos de los 1.500 prometidos por su progenitor para hacer frente a las obras del refectorio. Durante el mismo año Rodrigo Jiménez de Rada colaboraba pecuniariamente a la construcción de la estancia.

Sin duda haciendo gala de una considerable modestia, era para Lambert una de las mejores construcciones góticas fuera de las fronteras de Francia. Consideraba el mismo autor que en su construcción intervinieron dos maestros diferentes (originalmente la cubierta del refectorio se planteó con bóvedas de cañón apuntadas al estilo de los de Valbuena, la Oliva, Rueda y Sacramenia), facturas netamente separadas por la línea de imposta que recorre los muros.

Añadía Martínez Frías cómo la disposición de los falsos apeos que sirven de punto de arranque a los arcos de las bóvedas no están dispuestos exactamente en el centro de los entrepaños que separan las ventanas, lo cual resultaba indicio evidente de que las zonas altas no se construyeron al mismo tiempo que las bajas a pesar de la habilidosa emsambladura trabada entre ambas. Exteriormente la misma hipótesis parece reafirmarse al comprobar cómo los muros fueron reforzados con posterioridad para intentar contrarrestar los fuertes empujes de las bóvedas de crucería. De otro lado, los estribos exteriores, aparecen subdivididos en dos por una imposta en talud que recorre los muros: los contrafuertes son prismáticos y lisos hasta la línea de la imposta, adoptando a partir de allí un perfil escalonado (existe incluso un contrafuerte empotrado en una de las ventanas del refectorio, lo cual reafirmaría que su erección fue posterior a las de las zonas bajas).

Sería incluso posible suponer que el arquitecto que remató la singular estancia del refectorio hortense procediera del norte de Francia (Lambert apuntaba con excesivo arrojo hacia tierras borgoñonas) y que don Martín de Finojosa, supervisor de las obras del monasterio, fuera también el encargado de la obra de Las Huelgas de Burgos. Similares aires de renovación técnica se advierten además en las naves laterales de las catedrales de Cuenca y de Sigüenza, donde don Martín ocupó la cátedra episcopal entre 1186 y 1191.

El hermoso claustro alto data de los años 1531-1547 y parece obra del taller de Alonso de Covarrubias (Camón Aznar). Sus señeros medallones platerescos —como en la casa vallisoletana de Santa María de Valbuena— lo convierten en uno de los más interesantes del plateresco hispano. En la misma crujía septentrional del claustro se dispone la cocina, y en la occidental el pasaje o callejón de conversos, con acceso particular hacia la iglesia por la puerta de conversos del último tramo de la nave del evangelio, aunque ocupado ahora por una escalera de cuatro tramos construida durante el siglo XVII por el padre Urosa. Sobre el pasillo y la cilla se hallaba el dormitorio de conversos.

La cocina monacal, contigua al refectorio en el ángulo noroeste del claustro (existe acceso desde el mismo mediante un vano muy rehecho apuntado y doblado), posee planta cuadrangular de nueve metros de lado y está dividida en ocho tramos separados por fajones apuntados y cubiertos con crucerías de claves geométricas a modo de ruedas dentadas que apoyan sobre *cul-de-lampes* y cuatro columnillas centrales rematadas por cestas de *crochets* entre las que se encuentra el hogar, recordando a la de Saint-Pierre de Chartres. El hogar está dotado de una chimenea de grandes dimensiones con muros inclinados por el interior y rectos al exterior, perforados por un vano rectangular y

otros dos apuntados. El tiro fue cerrado mediante una armadura pétrea sostenida por dos arcos apuntados que apoyan sobre ménsulas. La construcción de la cocina parece coetánea a la del refectorio (Martínez Frías señalaba cómo el mismo taller debió trabajar en la cocina y en las zonas altas del refectorio).

Hacia occidente se halla la estancia conocida como “caballeriza de Alfonso VIII”, de planta rectangular y dimensiones de 10 × 30 m, está dividida en dos naves y seis tramos por columnas monolíticas de anchas basas y capiteles prismáticos sobre los que apean fajones y formeros apuntados (en los muros reposan sobre ménsulas de cinco rollos). Aunque algunos autores señalaron que cubría funciones como sala capitular (Catalina, Marqués de Cerralbo, Pérez de Urbel y Gaya Nuño) o como cilla, lo más lógico es suponer que se utilizara como refectorio de conversos (Polvorosa y Martínez Frías), formando ángulo recto con la cilla. La puerta de acceso se abrió en 1547 y sobre la misma se trazó un epígrafe datando la fundación monástica de Huerta en 1142 (“Aldephonsus Hispaniarum Rex Piissimus Catholicus. Fundavit. Anno 1142”). Este refectorio de conversos presenta notables paralelismos con la sala de trabajos de Valbuena y constituye una de las estancias más antiguas del conjunto soriano, coetánea a la primera campaña del templo.

El calefactorio se abre en el ángulo nororiental (aún se conservan restos del tiro de la chimenea), convertido en escalera durante el siglo XVIII. La cilla posee planta rectangular de 27 por 8 metros y está cubierta con una armadura de madera, se sitúa a continuación el pasillo de salida de clausura, entre la cilla y el refectorio. El claustro moderno instalado hacia la hospedería occidental se alzó entre 1582 y 1628.

Texto: JLHG - De la imagen de la Virgen: PLHH - Planos: FJDC - Fotos: JMRM

Bibliografía

- AA.VV., 1991b, n.º 31, 66; AA.VV., 1995b; AA.VV., 1998, pp. 127-129, 152, 154, 171-173, 202, 204, 206, 210, 213, 225, 230, 234-235, 247, 249-251, 253, 260, 262-264, 283-284, 358-360, 385, 424, 439, 482-484; AA.VV., 2001, p. 120; AGUILERA Y GAMBOA, E. de, 1908; ALCOLEA, S., 1964, pp. 119-125; ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1997, pp. 171-178; ÁLVAREZ PALENZUELA, V.-Á. y RECUERO ASTRAY, M., 1984, pp. 429-455; ÁLVAREZ PALENZUELA, V.-Á., 1978, pp. 104-108, 159-162; ASTORGA ARROYO, I., 1962a, pp. 23-26; ASTORGA ARROYO, I., 1962b, pp. 229-236; ASTORGA ARROYO, I., 1971; ASTORGA ARROYO, I., s.f.; AUBERT, M., 1947, t. I, pp. 196, 249 y t. II, pp. 3, 104, 118, 121, 123, 125; AZCÁRATE RISTORI, J. M.^a de, 1954, n.º 1030; AZCÁRATE RISTORI, J. M.^a de, 1991, pp. 17, 30, 32, 95, 187; BALLESTEROS GAIBROIS, M., 1943; BANGO TORVISO, I. G. y ALMAZÁN DE GRACIA, Á., 1998, pp. 3-8;

- BERTRAND Y BERTRAND, I., 1971; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 562-566; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, pp. 56-120; CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, M.^a D., 1996, pp. 601-620; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1985, pp. 49-55; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1987, pp. 187-190; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1991, pp. 123-133; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1991, pp. 123-134; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992b, pp. 375-398; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992c, pp. 555-594; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1993, pp. 163-206; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1996, pp. 211-219; CASA MARTÍNEZ, C. de la y DOMÉNECH ESTEBAN, M., 1985, pp. 41-45; CASA MARTÍNEZ, C. de la y TERÉS NAVARRO, E., 1982; CASA MARTÍNEZ, C. de la y TERÉS NAVARRO, E., 1983, pp. 153-156; CASA MARTÍNEZ, C. de la, s. f.; CATALINA GARCÍA, J., 1891; CATALINA GARCÍA, J., s. f.; COCHERIL, M., 1964, pp. 229 y ss.; CORDÓN, C., s. f.; COTTINEAU, L. H., 1939, I, pp. 1435-1436; ESTRADA, L. de, s. f.; DIMIER, M. A., 1949, p. 123, pl. 155; DOMÍNGUEZ, J., 1962, pp. 255-263; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 82-85; ESTEBAN LORENTE, J. F., 1984, pp. 177-198; ESTEBAN MARCO, L., 1962a, pp. 139-145; ESTEBAN MARCO, L., 1962b, pp. 264-302; ESTEBAN MARCO, L., 1963; ESTEBAN MARCO, L., 1965, pp. 258-262; ESTEBAN MARCO, L., 1979; EYDOUX, H. P., 1954, pp. 198-199; F. P. O., 1968; FERNÁNDEZ-LADREDA AGUADÉ, C., 1998: 414-415, 424; FERNÁNDEZ MARTÍN, P., 1963, pp. 159-181; FORT COGULL, E., 1962, pp. 27-34; FUENTE, V. de la, 1862; FUENTE, V. de la, 1885, pp. 366-379; FUENTE, V. de la, 1887, pp. 228-240; FUENTE, V. de la, 1890, pp. 259-267; FUERO, A., 1767; GARCÍA LOBO, V., 1998, pp. 60-61; GARCÍA LUJÁN, J. A., 1981; GAYA NUÑO, J. A. y MARCO, C. de, 1994, pp. 133-142; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 207-213; GIBERT, G., 1977, pp. 1548-1549; GÓMEZ DE SALAZAR, J., 1980a; GÓMEZ DE SALAZAR, J., 1980b; GÓMEZ PÉREZ, J., 1955, pp. 159-176; GÓMEZ PÉREZ, J., 1962, pp. 119-129; GONZÁLEZ CABRERIZO, E., 1929; GONZÁLEZ CANO, Fr. H., 1962, pp. 77-92; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, I, pp. 514, 651-652; II, docs. 125, 235, 318, 337, 420; III, doc. 644; GOROSTERRATZU, J., 1925; GUERIN, P., 1962a, pp. 131-138; GUERIN, P., 1962b, pp. 304-316; HERNÁNDEZ ÁLVARO, A. R., 1984, pp. 101-102; HERRERA, Fr. L., 1962, pp. 228-235; HEVIA, Fr. D., s. f., fols. 253-268; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1992, pp. 114-127; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1993, pp. 149-161; JANAUŠCHEK, L., 1877, pp. 79-80; LAMBERT, É., 1931 (1985), pp. 167-175; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1901c, pp. 103-110; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1908-1909 (1999), II, pp. 424-427; Libro de privilegios de Huerta, s. f.; LOJENDIO, L. M.^a y RODRÍGUEZ, A., 1981, pp. 374-375; LOPERRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), t. I, pp. 163, 195-197, 201-208; t. II, pp. 147-148; LÓPEZ LANDA, J. M., 1951; MADDOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 157-159; MANRIQUE, A., 1610, pp. 137-150, 158-183; MANRIQUE, A., 1642 (1970), p. 194; MANRIQUE, G., 1926, pp. 351-357; MARÍAS, F., 1998, pp. 289-296; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.^a, 1980, pp. 41-61; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.^a, 1982, pp. 5-6; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.^a, 1985, pp. 299-302; MARTÍNEZ ROJAS, Fray T., 1955, pp. 162-175; MARTÍNEZ, A.; PALOMO, G. y SENRA, J. L., 1991, pp. 141-147; MEDINA, S., 1937-38, III, pp. 143-150, 208-213 y IV, pp. 47-52; MENÉNDEZ PIDAL DE NAVASCUÉS, F., 1990, pp. 479-480; MIGUEL, J., 1967, p. 485; MORALES DE LOS RÍOS, C. de, 1927, pp. 257-262; MORENO Y MORENO, M., 1960, pp. 209-213; MUÑOZ Y ROMERO, T., 1858 (1973), p. 140; PARRACIA Y MOURE, S., 1801; PÉREZ DE URBEL, J., 1945, pp. 483-525; PÉREZ-EMBIID WAMBA, J., 1986, pp. 270-271, 282, 284-285, 288-289, 294-295, 297-298, 303, 305, 316, 318, 328, 331, 333, 335-336, 377, 379, 381, 384, 391, 395, 400, 506, 533, 560, 576-577, 579, 598-599, 604, 648, 673, 683, 685-686, 691, 709, 738, 741, 750; PÉREZ-RIOJA, A., 1867, pp. 58-59; PÉREZ-RIOJA, J. A., 1953b, pp. 299-300; PÉREZ-RIOJA, J. A., 1962, pp. 153-161; PÉREZ-VILLAMIL, M., 1870, pp. 230, 271, 308, 340, 397; PÉREZ-VILLAMIL, M., 1875; PÉREZ-VILLAMIL, M., 1875; PINAGA, Fr. A., 1962, pp. 51-76; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1959a, pp. 278-298; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1959b, pp. 280-299; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1963; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1964, p. 326; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1967a, pp. 49-67; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1967b, pp. 113-129; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1967c; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1968; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1970; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1971a; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1971b; POLVOROSA LÓPEZ, Fr. M.^a T., 1973; PONZ, A., 1788 (1988), pp. 809-823; RABAL, N., 1889 (1994), pp. 419-440; REDONDO ROMERO, A., 1987, pp. 299-316; REDONDO ROMERO, A., 1989, pp. 75-107; REDONDO ROMERO, A., 1995, t. I, pp. 275-305; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 825-827; ROJO ORCAJO, T., 1929, pp. 196-219; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1962, pp. 93-115; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1966a, pp. 109-122; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1966b, pp. 71-99; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1969, pp. 153-155; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1970, pp. 300-309; ROMERO REDONDO, Fr. A., 1976, pp. 53-68; ROMERO, A.; LUZÓN, L. M.^a y ANGUIA, I. M.^a, 1995; SÁENZ-DÍEZ, J. I., 1990, pp. 41-46; SÁENZ DE ROBLES, F. C., 1934, pp. 33-34; SERRANO FATIGATI, E., 1903, pp. 171 y ss.; TORRES BALBÁS, L., 1944, pp. 442-448; TORRES BALBÁS, L., 1952b, pp. 14, 98, 103-104, 108, 143-144; Tombo de privilegios de Huerta, 1666-1672; VALLE PÉREZ, J. C., 1991, pp. 133-161; VALLEJO, C., 1995, pp. 48-51; VAN DER MEER, F., 1965, p. 274; YABEN, H., 1937, pp. 113-123; YÁÑEZ, D., 1973, pp. 1664-1665; YARZA LUACES, J., 1988, pp. 199, 201-202, 205-206, 245; ZAMORA, L. de, 1950, pp. 193-196; ZAMORA LUCAS, F., 1948, pp. 231-233; ZAMORA LUCAS, F., 1962a, pp. 7-50; ZAMORA LUCAS, F., 1962b, pp. 252-254.